

Cincuenta números UNA peseta § REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2. § No se devuelven los originales

Ideales de España

GIBRALTAR

Todos los pueblos de la tierra, conscientes de sus destinos, se preparan para la hora magna de la paz. Cada cual se apresta, teniendo en cuenta el punto de vista en que se colocó, sus ideales nacionales, su posición geográfica en el globo y, sobre todo, las necesidades ineludibles de su presente y de su porvenir. Esto forma parte de los deberes sagrados de cualquier pueblo que quiera cumplir su misión histórica, afirmar su peculiaridad personal entre los otros países.

¿Cómo se presenta para España este imperativo? Meditemos un instante sobre esta cuestión que en nuestro fuero interno está resuelta; porque hemos pensado en ella muchas veces durante los tres años de guerra. En primer lugar, España necesita la posesión integral de su territorio. Nuestra patria no puede estar sometida a las conveniencias de una potencia extranjera, en lo que tiene de más humillante la sumisión en la detentación del suelo nacional. La codicia inglesa, —la necesidad inglesa si quieren ustedes, señores angloséfilos— nos arrebató arteramente Gibraltar. Pero para nosotros no existe la necesidad inglesa. Para España no existe otra necesidad más que la necesidad de España. Y en nombre de esta necesidad nosotros queremos recabar la posesión absoluta y completa del territorio, dispuestos a defenderlos con cuantos medios están a nuestro alcance. Va en ello también nuestro honor, que es así mismo una necesidad, porque sin honor no se vive.

La garra inglesa clavada en ese trozo de la provincia de Cádiz, dice más que cuanto pudiéramos exponer en veinte artículos. Es el testimonio doloroso de nuestra decadencia, es un baldón y un insulto. Pero no se trata de volver la vida al pasado; todas esas cosas son demasiado tristes. España había llegado a una in-

sensibilidad suicida que lo aceptaba todo, resignada, fatalista, yacente, como si sólo esperara poder levantarse por un milagro. Pues bien, supongamos que ha sido así, que la obacura conciencia popular ha acertado. Ya está aquí el milagro; el milagro es la guerra. Si ante la gigantesca potencia de Inglaterra, España tragó en silencio la amargura humillante y aventó como peligrosa quimera su ideal más puro, hoy puede decirse que los tiempos han cambiado. España se levanta trabajosamente como si convaleciera. Cierto que aún no hay un ideal nacional unánime; cierto que aún se oyen gritos abyectos de «vivan las cadenas» cierto que la cobardía y el coquismo se distrazan con el manto de la democracia y la libertad... Todo esto es cierto por desgracia, pero no es menos cierto que muchos varones en España se han erguido y miran frente a frente los difíciles problemas que nos ha legado un pasado de cobardía excepcionalismo.

Un ideal español se va formando. Su cristalización depende de la tenacidad que pongamos en el empeño. Esto hay que indúlcario en la conciencia nacional y repetirlo... hasta que llegue a ser una obsesión.

Concretamente, el ideal español tiene que ser primero el rescate de Gibraltar, después nuestra soberanía sin cortapisas en el Norte de África, la intensificación de nuestra influencia espiritual y comercial en América y la compenetración con Portugal. En la cuestión de Gibraltar y Portugal tropezamos con Inglaterra, en Marruecos nos sale al paso, nos panza y nos inquieta la codicia colonial de Francia, en América, nuestro adversario, mejor diríamos nuestro enemigo son los Estados Unidos.

Estas son las cuestiones magnas, básicas, de la España que deseáramos ver. Cada una por sí sola merece un detenido estudio y estas líneas que trazamos hoy, a manera de esbozo, queremos

que vayan dirigidas a la cuestión de Gibraltar.

No entraremos a discutir el derecho que tenemos a la posesión de Gibraltar. Nadie, ni siquiera los propios ingleses se atreven a negarlo. El único derecho que Inglaterra podía alegar es el derecho de conquista. Pero tampoco ese derecho existe porque Gibraltar nos fué usurpado, estando nosotros en paz con Inglaterra, por un acto personal, voluntario del almirante Rooke que ni siquiera tenía para ello órdenes ni encargo de su gobierno. Fué, simplemente un acto de piratería que al ser sancionado por Inglaterra se ha convertido en una detentación incalificable. No podemos aceptar pues, disonancia alguna sobre si Gibraltar es español en derecho y justicia. Tanto equivaldría a discutir si Madrid es o no un pedazo de España.

El asunto para nosotros es encontrar la oportunidad del rescate. Nos parece que jamás se nos presentará otra como la que nos ofrece la guerra mundial. Pero conste que nosotros no preconizamos el rescate violento, por medio de la guerra, de ese trozo de suelo patrio. Solo aspiramos a que España madure esta cuestión, la acojan y la estudien los gobiernos y sea planteada a Inglaterra el día de las negociaciones de paz.

El problema de Gibraltar es un motivo de recelo, de hostilidad española contra Inglaterra. Esto no desaparecerá mientras en el Calpe ondea la bandera británica, sino que aumentará a medida que el ideal español de que hablamos más arriba se va robusteciendo...

J. RODRIGUEZ DE LA PEÑA

Sobre la guerra

CARTAS A UN AMIGO

Es el pecado el castigo

Querido Antonio: Es voz general, exceptuando, naturalmente, a los aliadófilos, a quienes ha hecho enmudecer la gran derro-

ta de Italia, que ha sido esta desgracia muy merecida, y por ende nada digno de lástima.

Con tal motivo se recuerda la conducta solapada y desleal de esa nación, tomando parte en la guerra contra los imperios centrales, sus aliados, de los que tantos beneficios recibiera.

Ya que no se puso a su lado, con escándalo de todos los corazones hidalgos, debió mantenerse neutral, y no dar el escándalo mayor aún, y nunca visto, de ponerse enfrente contribuyendo a prolongar la guerra más injusta de que hay memoria, con tanta más razón, cuanto que Austria se avenía a hacerle concesiones no despreciables en pago de su neutralidad. Pero la ambición de Italia es insaciable. Ella quería más, quería la dominación completa del Adriático, con dote incalculable para Austria como potencia marítima; y en estas contestaciones diplomáticas, en que se retorció maquiavélicamente el sentido de los tratados, y se manosearon los trascendentes y hueros argumentos del irredentismo, se dió lugar a que las logias, por una parte, y la presión de la *Entente*, por otra, determinaran el vergonzoso cumplimiento.

Nunca más justificado el dicho de que la avaricia rompe el saco, y roto está, y en forma que no admite compostura, el de la codicia italiana. Todo es providencial en esta guerra, y Dios va preparando estos espantosos desastres a los pueblos que debieron mantenerse neutrales. De haber conservado este carácter (que no lo conservó, está probado hasta la saciedad) la pobre Bélgica, la guerra no hubiera pasado de un mes, y no lloraran aquellos pueblos sus ruinas y aquellos reyes su desamparo.

Rumanía debió contentarse con lo que tenía (algo de ello mal adquirido de Bulgaria). Se castigó creyendo seguro el triunfo de los aliados, por el éxito de la ofensiva de Brusileff, y que ella lo decidiría; acudió a apoderarse